

La religión en América Latina

The Politics of Religion in an Age of Revival

Austen Ivereigh (comp.)

Institute of Latin American Studies, Londres, 2000, 223 págs.

Este libro es el resultado del V Seminario sobre Historia Latinoamericana del Siglo XIX, organizado por el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres. El evento tuvo lugar en el año 2000, y de su realización anual han resultado otras cuatro importantes publicaciones sobre la historia política y cultural latinoamericana.

Austen Ivereigh, la compiladora, quien a la vez formó parte de los conferencistas, señala en la introducción cómo una imagen paradójica fue presenciada a finales del siglo XX en La Habana cuando el máximo líder de la Iglesia católica, el papa Juan Pablo II, se encontró con Fidel Castro, el máximo representante actual del marxismo. El significativo encuentro logró revivir la tenaz lucha que viene del siglo XVIII, entre las fuerzas de la racionalidad y la modernidad, y la Iglesia con sus principios eternos, que supuestamente han obstaculizado las pretensiones del Estado moderno y de la modernización.

El emblemático encuentro entre estas dos figuras sintetiza, pues, muchos de los debates y tendencias del mundo y de las ciencias sociales contemporáneas sobre el papel que han desempeñado lo religioso y la Iglesia católica en la construcción histórica de las sociedades occidentales y latinoamericanas, particularmente con relación al Estado. Esta discusión se ha actualizado en parte por la necesidad de comprender la proliferación de los fenómenos mágico-religiosos en Occidente, cuando se creía que la modernidad y los procesos de secularización lograban consolidarse llegado el siglo XX.

Los ocho artículos del libro tratan aspectos de la historia religiosa

y de las relaciones Iglesia-Estado en países de Europa y América durante el siglo XIX. La importancia de tratar estos temas reside en que durante dicho siglo se presentó el mayor punto de conflicto entre el proyecto de modernización y democratización liberal, que alcanzaba su madurez, y el catolicismo, que presentaba un pleno resurgimiento.



Generalmente se ha asociado al proyecto liberal con un espíritu progresista, y al proyecto religioso con un espíritu retrógrado. Estas suposiciones se han fundamentado en seis tesis que se citan a continuación: 1. La sociedad se tornó menos religiosa en el siglo XIX, se secularizó; 2. Las ideas liberales democráticas fueron populares, en tanto que los clérigos defendieron a sectores privilegiados; 3. El anticlericalismo fue una reacción popular para la defensa de estos privilegios; 4. La Iglesia fue una institución no sólo antimoderna sino también amoderna; 5. El Estado-nación creció en tanto que la Iglesia declinó, y 6. La Iglesia, al resistirse al Estado democrático, retrasó la transición a la democracia.

En los diferentes capítulos se abordan estas tesis, mediante el examen de siete aspectos: las nociones

de descristianización y recristianización; popularidad y privilegios; vocería eclesial de los pueblos o de sus gobernantes; anticlericalismo; modernidad y antimodernidad; auge del Estado y declive de la Iglesia, y el conflicto liberal-católico y la transición democrática.

No obstante la diversidad de análisis, se llega a vislumbrar, de manera novedosa, que ni el liberalismo fue tan ateo ni desalmado como lo mostró la Iglesia, ni la Iglesia fue tan retrógrada como los liberales la mostraron. Por otro lado, el movimiento secular que restringió el Estado liberal del siglo XIX, fue liberado de una inminente autocracia por la oposición de la jerárquica y antimoderna Iglesia.

Considerando lo anterior, el caso europeo en su conjunto es tratado en el primer capítulo, titulado "Las huestes papales: el resurgimiento católico y la transición europea a la democracia", por Margaret Lavinia Anderson¹. La autora afirma que desde hace años los estudios sobre política y religión han compartido dos señalamientos: que durante el siglo XIX la "religión organizada" de Europa perdió su lugar como la fuente más vital de identidad y significado, y que sus residuos se presentaron como la antítesis del asunto central del siglo XIX: el surgimiento de la democracia. Si bien el primer señalamiento ha sido revaluado actualmente, el segundo es aún ampliamente compartido.

La profesora Lavinia se propone mostrar cómo el catolicismo, más de lo que se cree, fue constitutivo de lo que la ciencia política ha denominado "la transición a la democracia". Para ello, en la primera parte aborda el resurgimiento del catolicismo en el siglo XIX, mientras que en la segunda trata acerca de algunas de las discusiones políticas relacionadas con la transición a la democracia.

Al respecto, la autora señala cuatro signos fundamentales que dan cuenta del resurgimiento del catolicismo. El primero, la conversión de algunos célebres intelectuales, que, aunque pocos, le dieron un alto perfil al catolicismo, y que por su capa-

cidad de convocatoria social contribuyeron a cerrar la brecha entre religiosidad culta y popular, pero de paso, presenciaron cómo se abría la distancia y la diferenciación entre católicos y no católicos. El segundo elemento se funda en las misiones, como parte de la reconquista de la Contrarreforma, dentro de la cual se destacó la Compañía de Jesús. Sin embargo, lo importante fue el efecto de las misiones sobre la población infantil, dentro de los procesos que extendían demográficamente la educación como forma de control social delegado por el Estado a muchas instituciones católicas. El tercer signo lo constituye la aparición de las sociedades de voluntarios, situadas entre las misiones y las escuelas, cuya labor fue devota y caritativa. Y el cuarto se relaciona con la importancia y aceptación concedidas a la celebración de la misa como punto central de la vida de todo católico.



En la segunda parte del texto se indaga la importancia de tres conceptos de las ciencias políticas que iluminan la forma como han contribuido la Iglesia católica y sus formas de socialización al establecimiento de la democracia. El centralismo litúrgico, los vínculos sociales centrados en la parroquia y el sentido de pertenecer a una entidad mayor por encima de diferencias particulares, contribuyó desde la Iglesia a construir algo que parece sólo propio de los partidos

políticos, y es la "agregación de intereses", que hacen posible una democracia representativa. En cuanto a la "movilización", característica de los grandes oradores y líderes políticos, tiene su contraparte eclesial en el papel social del sacerdote que puede movilizar votantes; y "la configuración del conflicto", que señala que cuando ninguna de las fuerzas feudales posee el poder absoluto, no queda otro camino que el de la concertación y administración regulada de las diferencias, lo que finalmente lleva a la aparición de la estructura democrática. Trayendo a cuento al teórico de las ciencias políticas Rustow, la autora plantea que la era del resurgimiento católico (1830-1930) fue la edad dorada de la participación electoral en Europa, pues estaba de por medio el candente conflicto entre Iglesia y Estado, dentro del cual ninguno de los contendientes tenía la suficiente fuerza para postrar al otro. Así, el resurgimiento católico permitió tener la contrafuerza necesaria para la aparición de la democracia.

Un análisis particular sobre el caso de Francia lo ofrece James F. McMillan, en el segundo capítulo, titulado "Religión y política en la Francia del siglo XIX: otras reflexiones sobre por qué católicos y protestantes no se podían aceptar mutuamente". Se señala que diversos autores han caracterizado correctamente al siglo XIX como un período tanto de "recristianización" como de "descristianización". Sin embargo, en esta coincidencia de movimientos algo salió mal, y católicos y republicanos terminaron como enemigos.

Para muchos observadores la chispa detonante se sitúa en dos asuntos: la alianza de la Iglesia con sectores reaccionarios y el triunfo de la corriente ultramontana dentro de la Iglesia. La tesis del autor se centra en que, más que un asunto derivado de la dinámica de la Iglesia, lo que propició esta divergencia obedece a una ruptura cultural originada en la Revolución Francesa. Además, rechaza la noción popular que señala al anticlericalismo como una reacción contra el clero. Para ello traza una definición del clericalismo como el reclamo de la Iglesia de su derecho a desempeñar un rol protagónico en la vida de la nación. Mientras que el anticlericalismo tiene su origen en el deseo republicano de hacer laicos al Estado y a la sociedad.



Pero más importante que el origen del anticlericalismo político, es el papel que desempeñó el descontento de los fieles en los campos franceses, pues los excesos y abusos clericales terminaron por volver enemigo a un gran segmento de la población. Estas divergencias lograron trascender lo local, y en lo nacional sirvieron para cuestionar el papel de la religión en la sociedad, asunto sobre el cual hubo posteriormente mayores desacuerdos respecto de la identidad de Francia y la idea de nación.

El tema religioso también ha sido trascendental para la identidad de España, otro de los países latinos tratados en el texto que se reseña. Frances Lannon, en el tercer capítulo, "1898 y las políticas de la identidad católica en España", plantea que desde la Ilustración los críticos de la Iglesia católica la veían como un obstáculo para la modernización. Sin embargo, la resistencia católica fue famosa por impedir la invasión de fuerzas revolucionarias y liberales francesas, generando elementos comunes de identidad.

A finales del siglo XIX las relaciones entre Iglesia y Estado eran cordiales en España. La posición de la Iglesia frente al capitalismo moderno fue de mediación y no de oposición, como era de esperarse, pues adoptó una postura conciliatoria frente a problemas como la lucha de clases y la explotación de la clase trabajadora, y se pusieron en marcha salidas filantrópicas para atenuar la miseria dentro de un catolicismo social.

Lannon señala cómo España venía experimentando un gran resurgimiento católico, manifiesto en el número de comunidades religiosas en crecimiento. Sin embargo, en medio de este panorama de auge católico nacional, el año 1898 llega con elementos externos que desencadenaron la crisis, pues los últimos territorios coloniales hispanos —Cuba, Puerto Rico y las Filipinas— fueron separados de España. Esto marcó el fin del Imperio Español y trajo la inestabilidad política con divisiones y polarizaciones que afectaron las relaciones entre partidarios de la Iglesia y del Estado moderno, y lo que ellas implicaban para la identidad nacional.



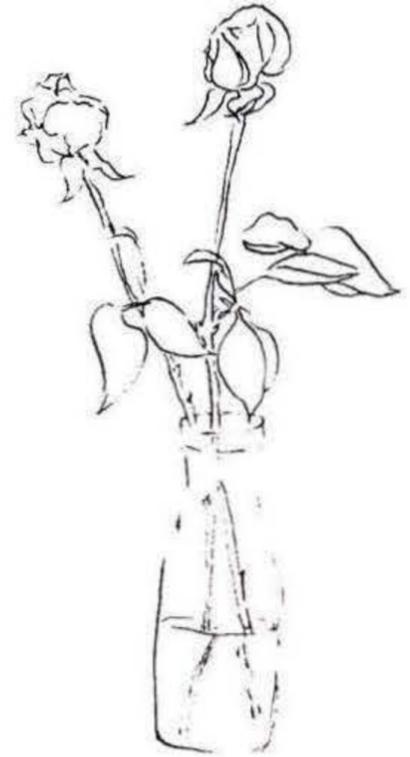
En medio de la crisis nacional, los regionalismos se agudizaron, pero el recuerdo de la gran España que de alguna manera los aglutinara, “la que había evangelizado medio globo, el martillo de los herejes, la luz de Trento, la espada de Roma, la cuna de san Ignacio”, permitió la reafirmación y fusión de las identi-

dades políticas y católicas en lo que los historiadores han llamado el “nacionalismo católico” español.

Uno de los países más católicos de América Latina es México, donde símbolos y prácticas religiosas comunes se erigen como emblema de la nación. Reconociendo esto, Erik van Young trabaja en el cuarto capítulo, “La religión popular y las políticas de la insurgencia en México, 1810-1821”, con el fin de explorar la dimensión ideológica de la participación popular en las luchas de independencia, que aparece con un marcado carácter tradicionalista y poco ligada a la tradición ideológica revolucionaria europea.

Cuatro nodos fundamentales son analizados por el autor: primero, el protonacionalismo criollo característico del movimiento de independencia, que facilitó a las elites criollas acoger las ideas de soberanía popular y legitimidad del Estado, para aliarse con las clases populares en la lucha contra España; sin embargo, esto supuso una ambivalencia originada en la tradicionalidad, religiosidad y sentido monárquico de las clases populares. El segundo se relaciona con el mesianismo popular y se fundamenta en la expectativa mesiánica o criptomessiánica fundada en la imagen del rey Fernando VII. El tercero analiza el papel de los “poblados comunales”, forma de organización social que parte de la constitución de núcleos pequeños limitados por el alcance a la vista de la campana de la iglesia, que diera nombre al campanilismo: la campana se constituye en el centro simbólico de la comunidad, definiendo sentidos religiosos, comunales y políticos. El cuarto analiza el perfil social de los insurgentes y muestra cómo, además de un sentido político, también sus líderes estuvieron alentados por móviles religiosos. Este último punto lleva al análisis de la comunidad y la sacralidad, que permite ver que la beligerancia y las prácticas de resistencia política son un valor comunitario en sociedades campesinas y cómo en ellas se encontraban las ideas religiosas como núcleo constitutivo.

Otros aspectos de la historia mexicana del siglo XIX son explorados por el célebre historiador inglés David Brading en el capítulo quinto, titulado “La intransigencia ultramontana y la reforma mexicana: Clemente de Jesús Munguía”.

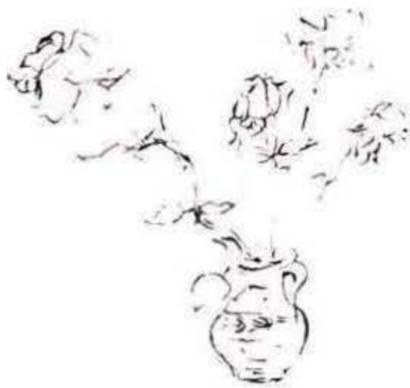


Brading, quien ya se ha ocupado de importantes temas coloniales de México, aborda la historia religiosa y política del país a partir de un singular suceso. Cuenta que el 6 de enero de 1851 Clemente Munguía, nuevo obispo de Michoacán, ingresó al palacio del gobernador, a donde fue invitado a tomar el juramento tradicional en favor de la constitución de los Estados Unidos de México. Sorpresivamente se negó a jurar argumentando que ello perjudicaba los derechos y libertades de la Iglesia. Este episodio fue el detonante de una serie de disputas entre el obispo y las entidades gubernamentales que dieron forma a la disolución de los vínculos entre Iglesia y Estado.

Después de exponer los puntos centrales que defendía Munguía en la dirección de un Estado confesional, Brading muestra que su posición radical y reaccionaria se tradujo en una encarnizada lucha entre el liberalismo del nuevo Estado mexicano y la institución eclesial, que a la postre se tradujo en la progresiva expropiación y pérdida de propiedades materiales, privilegios

y poder social que este tema. El capítulo hace un minucioso recorrido por los momentos claves de la vida de Munguía y por las continuas acciones y reacciones de Iglesia y Estado, llevando al lector a la paradójica conclusión de que el obispo, muy a pesar de su espíritu reaccionario y conservador, fue gran gestor de uno de los ideales liberales del México del siglo XIX: la separación entre Iglesia y Estado, un caso clásico en la historia latinoamericana.

Otros temas de las relaciones entre religión y modernidad son tratadas por la historiadora Patricia Londoño, quien aborda aspectos del caso colombiano en el capítulo sexto, titulado "Las políticas de la religión en una sociedad que se moderniza: Antioquia (Colombia), 1850-1930"².



Apoyada en una importante base documental y estadística, Patricia Londoño hace un rápido recorrido por los cambios sociales, económicos y políticos que llevaron a Antioquia, durante el período de 1850-1930, de una sociedad rural a una sociedad moderna. El trabajo muestra de manera novedosa cómo la religiosidad y la fuerza de la Iglesia católica en la región sentaron las bases para que la modernización coincidiera con una gran presencia de la Iglesia en la vida social y política.

En principio traza la imagen rural de la Antioquia de mediados del siglo XIX, que vino a ser la región más próspera de Colombia en el período. Luego muestra cómo en la década de 1860 la región experimentó el crecimiento del número de sus sacerdotes y una mayor presencia social de la Iglesia, una situación

peculiar en el período de reformas liberales, caracterizado por la persecución anticlerical y por la promulgación de la Constitución de Rionegro (1863), que ha sido considerada emblemática entre las más radicales del liberalismo en América Latina.

La autora muestra el impresionante crecimiento numérico de las comunidades religiosas, que tuvieron su expansión más fuerte a finales del siglo XIX y comienzos del XX, bajo los estímulos de los gobiernos conservadores del período de la Regeneración (1886-1930). En general, las instituciones y comunidades religiosas abrieron canales para la movilización social y contribuyeron a la cohesión social a través de su trabajo pastoral, parroquial, educativo, misionero y social.

Sentadas estas bases, un gran número de asociaciones devotas hizo un trabajo similar que no sólo permitió extender el carácter religioso y caritativo de la Iglesia, sino que además estimuló la aparición de cuerpos filantrópicos que permitieron el desarrollo de la educación, la capacitación y la intelectualidad en las localidades y en las instituciones más importantes de la región antioqueña. El estudio y la cultura ganaron un papel importante en esta sociedad, caracterizada por su extremo conservadurismo y por su pragmatismo económico y político. Mostrar que la modernidad también puede ser construida, con un gran sentido cultural, desde la institucionalidad católica, es uno de los principales logros de la autora.

Sin embargo, estos procesos de modernización no estuvieron exentos de conflictos, pues las disputas entre liberales y católicos también se presenciaron en la Argentina. Austen Ivereigh aborda este tema en el séptimo capítulo, titulado "La figura del Estado: liberales y católicos en la disputa por la ley 1420 de 1884 en Argentina".

Según la autora, más importante que la expropiación de los bienes eclesiásticos o la administración pública de los cementerios, el tema de la educación era crucial para la Iglesia y, por supuesto, para el Estado

argentino. Este es el tema abordado, y para ello se hace un recorrido por los antecedentes y reacciones a la aparición de la ley 1420, que secularizó la educación en Argentina.

Más que la disputa entre Iglesia y Estado, lo que se evidencia en este caso es una gran pregunta acerca de los límites del segundo en relación con la sociedad. En Argentina no existía una dicotomía entre "ateos" y "creyentes", y los opositores de la ley no pueden ser catalogados como "clericales" pues consideraban que la Iglesia no debía controlar las escuelas, mientras quienes apoyaban la educación laica fueron, en su mayoría, defensores de los privilegios constitucionales de aquélla.

Señala Ivereigh que el caso debe ser analizado como una manifestación local de un conflicto occidental centrado en la relación del Estado con la sociedad, pero que a la vez es una manifestación de la peculiar lucha del alma política argentina por darle forma a su nación.

En el octavo y último capítulo, J. Samuel Valenzuela y Érica Maza Valenzuela trabajan el tema de "Las políticas de la religión en un país católico: democracia republicana, *cristianismo social* y el partido conservador en Chile, 1850-1925".

En la historia política chilena, el partido conservador ha desempeñado un papel determinante y se le ha relacionado con las instituciones religiosas del país, visión que los autores proponen revisar. Analizan entonces la historia política de Chile y encuentran que las raíces republicanas dieron origen a dos grupos políticos relacionados con los intereses clericales: pelucones y pipiolos. Tras una crisis interna, del primero surgió el partido conservador, que se caracterizó por su permanente defensa de los intereses democráticos y por su independencia de la Iglesia católica.

Este distanciamiento se debió a la falta de convocatoria de los fieles por parte del partido, y porque, dada esta situación, la Iglesia decidió distanciarse. Pero el punto de mayor distanciamiento se presentó cuando el partido, estando en el

gobierno democrático, falló en contra de la determinación autónoma de la Iglesia.

Para retomar el poder después de su pérdida en las elecciones de 1882, el partido intentó aliarse con las fuerzas católicas, lo que marcó el camino del encuentro con la Iglesia. Tras un breve período de unión comenzó a desempeñar un rol activo en actividades de tipo humanista y social, y en ciertos aspectos progresistas. Pero a la postre ambas instituciones mantuvieron sus distancias. El capítulo termina con un breve recuento de las determinaciones más notorias que fueron tomadas en las sucesivas convenciones del partido, mostrando la forma en que éstas afectaron sus relaciones con la Iglesia y la sociedad.

JUAN CARLOS JURADO

1. Con igual título, y traducido al español por María Cristina Restrepo López. el texto fue publicado en la revista *Historia y Sociedad*, Universidad Nacional de Colombia (sede Medellín), Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, Departamento de Historia, núm. 6, diciembre de 1999, págs. 38-67.
2. La ponencia forma parte del trabajo de tesis de doctorado de la autora. Véase Patricia Londoño, *Some aspects of religion, culture and sociability in Antioquia, 1850-1930*, Ph D dissertation, St Anthony's College, Oxford, 2000.

Norbert Elías visita la Villa y Santafé

La ciudad como espacio educativo: Bogotá y Medellín

en la primera mitad del siglo XX

Carlos Noguera, Alejandro Álvarez y Jorge Castro

Arango Editores-Sociedad Colombiana de Pedagogía, Bogotá, 2000, 184 págs.

Frente al fenómeno actual de crisis y reconfiguración de ámbitos educativos normalizados, como la escuela y la familia, emerge el problema de la ciudad como espacio educativo,

pues en ella se hacen evidentes la fragmentación y ruptura del tejido social. Con los recientes y reiterados discursos sobre el tema, pareciera existir la necesidad de volver conscientes los procesos educativos de que ha sido capaz la ciudad y sus instituciones y de acudir a ellos como ideas que vienen, en parte, a remediar la situación de caos y violencia social que se vive en las sociedades contemporáneas. A este problema no escapa, en cierto modo, la investigación *La ciudad como espacio educativo: Bogotá y Medellín en la primera mitad del siglo XX*, realizada conjuntamente por el Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico (Idep), la Fundación Cepecs y la Corporación Sociedad Colombiana de Pedagogía.

En el trabajo se indaga acerca de los procesos de modernización de las dos principales ciudades del país, Bogotá y Medellín, en la primera mitad del siglo XX, a partir de las pautas culturales que impulsaron sus dirigentes, para adecuar los hábitos y conductas de una creciente población "rústica", "campesina" y obrera a los códigos de convivencia de la vida moderna. Este imperativo de transformación de los modos de vida de la población urbana se comprende mejor si se atiende a que en las primeras décadas del siglo XX Bogotá y Medellín comenzaron una rápida transición de pueblos grandes a ciudades modernas, lo cual implicaba no sólo la ampliación de la infraestructura urbana, sino, además, la apropiación de valores y hábitos novedosos por parte de su población.

Al hacer conscientes los "procesos civilizatorios" emprendidos por las elites y las instituciones urbanas a principios del siglo, se aborda una novedosa perspectiva investigativa en la que confluyen la historia y la pedagogía. Para ello se estudia la construcción de las ciudades no desde la postura tradicional de la historia urbana, que indaga acerca de la construcción física y arquitectónica de la urbe, sino sobre su edificación social; esto es, acerca de la *urbanización* como el proceso de crear há-

bitos de urbanidad para que la ciudad mereciera tal nombre y quienes la habitaban se configuraran como ciudadanos modernos de acuerdo con las transformaciones sociales, económicas y culturales de la época. Se trata, pues, según los autores, de leer el proceso de "urbanización como una estrategia médico-política cuyo despliegue social fue posible a través de tres mecanismos íntimamente ligados: urbanización, higienización y moralización" (pág. 23), dirigidos al control social y a la modelación de las formas de vida de la población.



Éste fue un largo y tortuoso proceso cultural, que necesitó de estrategias pedagógicas y educativas para el control y la creación de los nuevos ciudadanos al estilo de vida europeo y norteamericano, frente al cual se encontraban deslumbrados los dirigentes locales que pretendían emularlo. La investigación aborda el problema de la pedagogía por fuera de la escuela, pues cuando esta institución parecía consolidarse socialmente después del siglo XIX, fue necesario crear y aprovechar otros dispositivos de la vida urbana como el cine, la radio, la *urbanidad* y el *espíritu cívico* para hacer frente a las nuevas exigencias socializadoras de la vida moderna.

La investigación no pretende ser comparativa entre las dos ciudades, sino que más bien se propone como una exploración sobre los modos en que se fueron reconfigurando los procesos formativos y socializadores que se adjudicaban a la escuela, con